

tado de cualquier prejuicio político o filosófico, etc., y, lo que resulta más importante, para lograr que el lector también lo experimente.

8. Pese a que sabemos del dadaísmo, de la propuesta y poemas de Tristán Tzara y de la obra de pintores seguidores del movimiento dadá, como Francis Picabia, o de la obra de vanguardistas latinoamericanos que se le corresponden, como es el caso de Vicente Huidobro, poco sabíamos de Hugo Ball. Fundador del dadaísmo, así lo declara Rafael Gutiérrez Girardot, y de la revista *Dadá*, es quizá, entre todos sus correligionarios, el más fiel al espíritu del expresionismo, que privilegia al pensador o al artista en su condición de sabio que, para el entendido del mismo espíritu expresionista, refiere la preocupación ontológica por la existencia y su aplicación en el desarrollo de las relaciones conciudadanas (filosofía-sociedad-individuo).

9. El concepto de vanguardia en el siglo xx está asociado en Europa con el surgimiento de movimientos artísticos y/o de pensamientos que buscaban desarticular los esquemas heredados reconociendo en ellos los vicios, deseos y amaneramientos de una sociedad, en la situación histórica de principios del siglo xx, estrictamente burguesa. Es así como a los creadores y pensadores de corte vanguardista, a los europeos, los caracterizaba la crítica a dicha sociedad y al poder, en términos de enfrentamiento militar: la idea de que no se puede concebir una renovación espiritual, artística, social, etc., sin el evento de una revolución.

Por nuestra parte, en América Latina, las vanguardias, si bien significaron el abandono de los esquemas refinados de una sociedad burguesa dominante, no tuvieron contexto de confrontaciones militares. En Vicente Huidobro, por ejemplo, no encontraremos, excepto muy ocultamente, críticas directas a la situación política del Chile de su tiempo.

¿Qué son entonces las vanguardias? Quizá obtendremos respuesta si seguimos las orientaciones que Rafael Gutiérrez Girardot desarrolla al respecto con su meticulosidad

de estudioso iluminado, en su introducción al ensayo “Hugo Ball o la circunferencia de la vanguardia”, máxime cuando al maestro le resulta incómoda, como lo demuestra esta declaración: “La designación histórico-literaria de *vanguardia* es tan antipáticamente militar como el concepto panacea de cuño formalista que sustituye al civil de configuración, esto es, *estrategia*”.

GUILLERMO
LINERO MONTES
guillermolinero@gmail.com

1. Hay que apuntar que GG no deja pasar conceptos o apreciaciones acerca de las obras objeto de su estudio sin antes contextualizarlas, tal vez en una excesiva responsabilidad de quien sabe la ventaja que significa, para la interpretación de cualquier hecho artístico, conocer en volumen cuanto le corresponda.

¿Ortodoxias?

Heterodoxias

Rafael Gutiérrez Girardot
Taurus, colección Pensamiento,
Bogotá, 2004, 373 págs.

Estos ensayos, como afirma su autor, “intentan subrayar los condicionamientos históricos e ideológicos, es decir, insistir en la importancia de otra víctima de los formalismos, en la historia”. Desde tal postura, que permite esgrimir aseveraciones, pues éstas nacen precisamente bajo la protección de la historia —no la crítica de la historia— que se mueve estable sobre hechos comprobados o aceptados tácitamente en su veracidad, esgrime Rafael Gutiérrez Girardot sus dilucidaciones dadas a la revisión del objeto de estudio desde su ubicación historiográfica. Y se me ocurre ahora este ejemplo, pensando en la fotografía que ilumina la portada del libro (una vitrina de sombrerería): es muy fácil disertar sobre la estilística de dichos sombreros, que no presentan características distintas

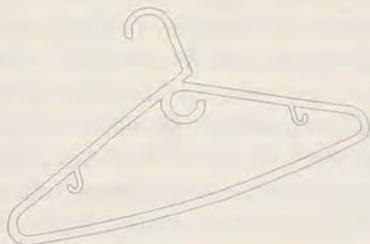
de las que los hacen reconocidos (sombreros de la primera mitad del siglo xx). Pero imaginémosnos haciendo este mismo ejercicio frente a las propuestas de la moda reciente, digamos ante sombreros de estilo Versace o de cualquier otro diseñador contemporáneo, y experimentaremos, sin lugar a dudas, la ambigüedad de nuestras opiniones, la incapacidad para elaborar un discurso crítico sobre una pieza de arte que apenas, en su aspecto historiográfico, es un boceto.



La metodología de Rafael Gutiérrez Girardot, afín a la de los filósofos Hugo Friedrich y Martin Heidegger (que tuvieron como centro de sus propuestas filosóficas la discusión sobre el arte), tiene, en efecto, la suerte de presentarnos la crítica de los hechos y obras artísticas con la seriedad investigativa o, mejor, con la disciplina de los filósofos. Tal simbiosis en los presupuestos de análisis, en el caso del ensayista en cuestión, se distingue de la de los autores ya mencionados, por cuanto su horizonte y lugar de observación, como de reflexión, reside en la experiencia histórica de los países de habla hispana, acentuando dicha mirada en la connotación de algunos personajes protagonistas de estos países, que a juicio de Gutiérrez Girardot no forman parte de las señalizaciones críticas tradicionales (tal es el caso de María Zambrano) o, cuando lo han hecho (tal es el caso de Alfonso Reyes), no han sido contextualizados sino bajo la óptica europeizante, cuando no españolizada.

La disposición hacia el estudio de las bellas artes en su esfera filosófica, en ruptura con una tradición que ocupaba sólo la esfera estética, le proviene a Rafael Gutiérrez Girardot —esto es una percepción obvia—, también pensando en Friedrich y Heidegger, de Hegel, quien en la introducción a las *Lecciones sobre estética* afirmaba que: “El arte, sin embargo, no es ni por su contenido ni por su forma el modo supremo y absoluto de hacer consciente al espíritu sobre sus verdaderos intereses [...] El pensamiento y la reflexión han sobrepasado a las bellas artes”.

Es así como Gutiérrez Girardot integra una generación de ensayistas y pensadores hispanoamericanos, que describirían el reino del “pensamiento y de la reflexión”. Una perspectiva que, siguiendo también a Hegel, resulta inevitablemente prosaica. Todo ello ha conllevado consideraciones de interpretación de las artes más allá de sus contenidos artísticos para poner la discusión crítica, acerca de estos mismos, en conexión con valores que antes, estrictamente, eran postestad de la filosofía, de la historia, de la sociología y de la psicología, etc., como son, precisamente, las valoraciones historiográficas que distinguen al maestro Rafael Gutiérrez Girardot: el estudio de la literatura desde la auscultación de la sociedad burguesa, la cultura y la modernidad.

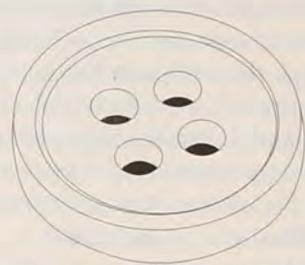


La inclinación de Rafael Gutiérrez Girardot —clara consecuencia de su formación— hacia el tratamiento de la cultura y del arte hispanoamericanos, a la luz de los

pensadores alemanes que constituyen los pilares del pensamiento filosófico del siglo xx, hacen de sus reflexiones la expresión renovada de una realidad que, desde los presupuestos históricos, la habíamos entendido autónomamente —como si no hubiera habido conexión entre las realidades hispanoamericanas y las europeas. Ahora, y con sus propuestas, surge necesariamente un debate acerca de cuáles son realmente las heterodoxias, para utilizar el término que le da título al libro y que Gutiérrez Girardot explica, paradójicamente, como posturas que “descreen —para decirlo con una palabra preferida de Borges— de las teorías literarias al uso, arrogantemente provincianas, e intelectualmente precarias” y sustentan la veracidad de los eventos artísticos de nuestra comunidad lingüística. Siempre habíamos recibido desde la óptica hispánica la descripción de nuestro arte, haciendo de nuestros artistas unos protagonistas secundarios que, como los poetas José Ángel Valente o Sergio Pitol, no ocupaban el interés de los lectores y de la crítica universal. El ensayista Gutiérrez Girardot presenta al tantas veces presentado Jorge Luis Borges, a Pedro Henríquez Ureña y a Alfonso Reyes, entre otros, bajo los criterios y presupuestos de la que indiscutiblemente constituye la metodología crítica que fundó, desarrolló y clausuró el siglo xx: el pensamiento crítico alemán. De hecho, el lector de estas heterodoxias encontrará, ya no sin sorpresa, un ensayo titulado “Alfonso Reyes y Goethe”.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, no es difícil afirmar que, más que crítico, quizá sea Gutiérrez Girardot un cazador de factores. Por ello, aunque le preocupen básicamente los autores, en los títulos de sus ensayos siempre expone lo que viene a ser un subtítulo, una circunstancia o, mejor, un factor de estudio para desarrollar. Miremos: “Teresa de la Parra: ¿novelista por aburrimiento?” (“Teresa de la Parra se siente oprimida por el peso de la sociedad tradicional, por el mundo de Abuelita, que es el que le produ-

ce el aburrimiento que la impulsa a escribir, pero siente nostalgia de ese mundo y de la relación humana, idílica que reinaba en él”); “Lírica y filosofía en Antonio Machado” (precisamente la simbiosis de la que hemos venido hablando como característica del método de estudio de Gutiérrez Girardot); “Poeta Doctus: Sergio Pitol o la transgresión de los géneros literarios” (más que transgresión, combinación. “Ya en Hölderlin los géneros literarios son tonos combinables”).



Finalmente cabe anotar que Rafael Gutiérrez Girardot salta de referencia en referencia, con un ritmo que le permite combinar los presupuestos que emplea, en su labor de reflexionador, tales herramientas únicas, en una excelsa, y a veces sobrepasada estrategia académica, que se hace tangible en permanentes alusiones a sus paradigmas germanófilos. Es así como, apoyado en los pensadores del siglo xx alemán, asevera sus intuiciones y con ellos expone los criterios que, ya conociendo sus fuentes, resultan en ocasiones discernibles. Sí, al ensayista Gutiérrez Girardot puede reproducirse, y esto lo digo respetuosamente, igual que a un modelo académico, pues sus coordenadas están ancladas ciegamente en la filosofía de específicos pensadores sin los cuales el maestro pareciera no poder orientarse. Me refiero a Hegel, a Nietzsche, a Friedrich, y a Heidegger.

GUILLERMO
LINERO MONTES
guillermolinero@gmail.com